



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ACTORES CÓMICOS

JOSÉ ROCHEL



Para curarse el esplín
dice Dios á San Miguel:
—Vé al teatro de Martín
y dí que suba Rochel.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Las llaves del paraíso, por José Estremera.—Revelación importante, por Juan Pérez Zúñiga.—Solicitud, por José Jackson Veyén.—Añiciones agrícolas, por Eduardo de Palacio.—Flores de trapo, por Luis de Ansorena.—La ramería, por Carlos Ossorio y Gallardo.—Retazos, por Sinesio Delgado.—Combustibles del amor, por A. Chispali Navarro.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Rochel.—Cosas de juego.—Química moral, por Cilla.



Querido Sinesio: No sé si podré escribir la crónica de la semana, porque acaban de entregarme la cesantía, y estoy en uno de esos momentos terribles en que el hombre no sabe qué hacer; si solicitar la reposición humildemente, ó inscribirse como hombre de acción en el Círculo republicano-progresista.

Yo, como V. sabe, desempeñaba un modesto destino en el Ministerio de la Gobernación; poca cosa, unos treinta y siete duros al mes, y aunque nunca me he tenido por modelo de funcionarios, el caso era que iba despachando mis expedientes con la mejor letra posible, y hasta había conseguido tener respeto á mis superiores gerárquicos, por más de que alguno, mejor que jefe de administración civil, pareciera una caballería mayor, con sombrero de copa.

No es que me creyese seguro en mi destino, pero muchas veces decía para mis adentros:

—¡Qué demonio! El Ministro se hará cargo de la situación. Es hombre bueno, y comprenderá que el escritor no puede vivir sólo de la pluma. ¿Qué interés podrá tener en dejarme cesante?

Los amigos, á su vez, me decían siempre:

—A tí no te quitan el destino.

—¿Por qué?—preguntaba yo con dulcísima sorpresa.

—Porque los políticos tienden á proteger á los escritores públicos. Saben que aquí las letras no dan para vivir, y les ayudan en sus tribulaciones con una credencial.

—Puede...

En fin: yo cobraba mis treinta y siete duros todos los meses, con la tranquilidad del hombre que sabe su miña de ortografía, y la consagra al mayor brillo de los documentos oficiales; pero de la noche á la mañana...

¡Ay, Sinesio, qué golpes recibe uno!

Vino un ordenanza con un pliego y me lo entregó en propia mano...

—¡Cielos! ¿Qué será?—dije yo!

Y rompí el sobre. Después lancé un grito y caí en brazos de un joven autor de mi pueblo, que había venido á casa á leerme una pieza, y de paso á hacer dulce de membrillo, porque lo mismo maneja la cítara que el perol.

Cuando volví á la razón, el ordenanza había desaparecido.

Aquel pliego encerraba una real orden declarándome cesante con el haber que por clasificación me correspondiese.

No me corresponde ninguno ¡Ay de mí!

Varios compañeros de oficina vinieron á darme el pésame, entre ellos un D. Emeterio que tiene la cara lo mismo que un panecillo francés, y escribe *Bonifacio* con V de corazón.

¡A éste no le ha dejado cesante el Ministro!

—¿Pero cómo ha sido eso?—me preguntaron.

—¿Qué sé yo!—respondí mesándome los cabellos!

—¿Quién era el recomendante de V.?

—Yo no tengo ninguno... Hace tres años que vivía por la conmiseración de los Ministros: D. Venancio me trasladó el 86 al Gobierno de Valencia en clase de oficial pri-

mero, lo cual que no fui; León y Castillo deshizo la cosa, trayéndome al Ministerio, y se lo agradecí con toda el alma; ahora D. Segismundo me parte.

—¿No es V. fusionista?

—No señor; soy de la provincia de Pontevedra, y comprendo que al hacer el Ministro supresiones en la plantilla me haya suprimido á mí. No era rosa de que, por conservarme, fuese á dejar sin empleo á esos jóvenes que no van á la oficina y que si alguna vez asisten es para estar hablando toda la tarde de las coristas de Eslava ó de los toros del Duque. Tuve yo un jefe que se murió de viejo, y en toda su vida había hecho más que limpiar los expedientes con un plumero y visitar por la noche las casas de los Ministros. «D. Jenaro—le decían.—Vaya V. á casa de la modista y llévele este cuerpo para que me lo ensanche.—D. Jenaro, suba V. de la tienda media libra de garbanzos de á veinte, porque la chica tiene un flemon y no puede salir.—D. Jenaro, vaya V. á comprar un barrero de los más grandes, y pruébele V. antes, porque suelen tener agujeros.»—«¿Es para fregar la loza?—preguntaba él.—No; es para lavar á mi esposo cuando vuelve del Congreso, porque cada vez que hablan las oposiciones suda pez y aceite mineral.» Con este sistema, D. Jenaro iba obteniendo ascenso, y á nosotros los funcionarios menores nos trataba á la baqueta.—«¡A ver! ponga V. una minuta, que se la quiero llevar al subsecretario; escribala V. lo mejor que sepa—nos decía,—mientras él tomaba café con uno de su pueblo, que iba á hacerle compañía todas las tardes. Nosotros obedecíamos como unos infelices, y pasábamos media hora buscando términos cultos para que saliera lo mejor posible; después él se daba tono con el subsecretario, leyéndole la minuta, y nosotros permanecíamos en un rincón del Ministerio, ni envidiosos ni envidiados, esperando que llegase el día 30 para cobrar los treinta y siete duros...

—Tiene V. razón, pero los ministros ignoran todo eso.

—Sin embargo, muchas veces están al cabo de la calle, pero ¡los compromisos!... ¿Con qué cara le dice D. Segismundo á Sagasta que no puede colocar á un recomendado de este último porque es un avestruz? El otro, que es el jefe, podría contestarle:—«¡Hombre! ¿Tiene gracia! ¿Conque es decir que busca V. el fútil pretexto de que mi recomendado no tiene dotes intelectuales? ¿Y qué? Medrados estaríamos si fuésemos á exigir semejante condición á los fusionistas. Hay hombre en el partido que no cocea delante de gente por un exceso de natural pudor, y vamos por eso á dejarle sin recursos? Llenemos la nómina de amigos fieles, aunque perézca el sentido común.»

El caso es, amigo Sinesio, que me han dejado cesante y no tengo el alma para escribir revistas.

Ahora ha llegado el Rey de Portugal, y si yo hubiera seguido cobrando de la nómina, estaría alegre, cual cumple á todo funcionario bien retribuido; pero aunque quiera regocijarme, me acuerdo de los treinta y siete duros y se me pone un nudo en la garganta.

Cuando veía á la multitud dirigirse al Prado, para recibir con sonrisas al monarca portugués, pensaba:

—Casi todos esos seres que se quitan el sombrero y enseñan la dentadura en señal de júbilo, cobran del presupuesto. Felices ellos.

Yo, en cambio, quiero ser súbdito respetuoso y admirador entusiasta de la nación amiga... ¡y no puedo! Bien es verdad que no cobro.

¿A qué poca costa podría tener en mí el Gobierno un entusiasta propagandista de las ideas monárquicas! Mientras que ahora, privado de la alimentación oficial, andaré por ahí, sin afeitarme, con la camisa sucia y los pelos en desorden, preguntando á los redactores de *El País*:

—¿Hay noticias de D. Manuel? ¿Está bueno?

No quiero pensar en lo que puede suceder todavía. El hombre que no cobra es capaz de todo: hasta de marcharse con Gamazo.

LUIS TABOADA.

LAS LLAVES DEL PARAÍSO

Morena, hace pocas tardes iba yo por un camino pensando en tí, porque tuyos son los pensamientos míos. Sin cuidarme de la tierra, caminaba distraído fija la vista en el cielo, que en él tu retrato miro, cuando súbito en la altura veo un resplandor rojizo y una nube que desciende esparciendo extraño brillo. Llegó la nube á la tierra, quedó anclada en unos riscos y ví que de ella bajaba un trémulo viejecito. En su básculo apoyándose y en tierra los ojos fijos, como quien anda buscando, despacio hacia mí se vino. Lleguéme á él y le dije con respeto y con cariño: —Diga, si puede saberse, qué busca el buen abuelito. Si quiere yo he de ayudarle porque conozco estos sitios y es entre los dos más fácil que demos con lo perdido. El abuelo dijo entonces: —Pues vaya, acepto tu auxilio y me harás un gran favor, porque estoy en un conflicto. Has de saber que yo soy San Pedro, San Pedro mismo,

y he descendido á la tierra por el siguiente motivo: Estaba hace pocas tardes descuidado y distraído tomando el fresco, á la puerta del cielo, como un bendito. Dejéme el portón abierto, y aprovechando el descuido, mi gallo estuvo atisbando y se me escapó el muy pícaro. Quise cogerlo, mas como llevo encima tantos siglos, por muy deprisa que fuera me era imposible seguirlo. Resuelvo dejarlo, vuelvo al cielo, echo mano al cinto y me encuentro sin las llaves que siempre llevo conmigo. Ya ves tú que ahora, dejando la puerta abierta, de fijo se me va á llenar la casa de bribones y de pillos. Por eso bajo del cielo añhelante é intranquilo para ver si por acaso por aquí se me han caído. En esto, morena mía, mirándome de hito en hito, ví las llaves de tu casa asomar por mi bolsillo. Cogiólas, volvió á la nube y remontándose, dijo: —Gracias á Dios que ya tengo las llaves del paraíso.

JOSÉ ESTREMERÁ.

REVELACIÓN IMPORTANTE

Don Facundo Rodríguez y Bueno, profesor de alemán y de inglés; su señora, Kuperta Moreno, parienta de un loco que está en Leganés; el alférez Joaquín Donadío, prometido de Lola Beltrán, su cuñado, su prima, su tío, su padre, su abuelo, su hermano Germán; Policarpo Pastor y Pezuela, guardafronero del ferrocarril, y su esposa Pilar Choquezueta, que pare á mediados del próximo Abril; el primer cornetín de la Alhambra, el maestro de escuela de Orgaz, el Vizconde de Valdellachambra, que está enamorado de Pepe Alcaraz; don Mamerto Gutiérrez Molina, fabricante de aceite y jabón; don Miguel Sandoval y Medina, que hoy día es tocayo de Ramos Carrión; Telesforo Cafete y Cañada, sacristán de la Seo de Urgel; Asunción Hermiguillo y Moncada, sobrina del cura de Carabanchel; la Condesa de Montepeládo, su amigo el teniente Corral, un chiquillo de Luis Maldonado, que tiene hecha cisco la espina dorsal; los autores de «El Rey Chindasvinto», melodrama que vale por tres; el fiscal de la Audiencia de Pinto, que tiene cosquillas en todos los pies; Juan Fernández, Teresa Robledo, Julio Plá, Petra Plá, Paz Ortiz, Pedro Gómez, Matilde Salcedo, Santiago Bermúdez, Jerónimo Ruiz, el alcalde de Puenteprabía, y el cronista de Mazarambrón, suelen siempre, de noche ó de día, comer con cuchara la sopa de arroz.

JUAN PÉREZ XOSIGA.

SOLICITUD

«Ilustre Gobernador» don Alberto de Aguilera: Corrija usted, por favor, el desdichado furor de tanta *venta formal*.

Son diversiones brutales de consecuencias fatales. Basta de abusos eternos, y todo el que quiera cuernos que vaya á plazas formales.

Cada pueblo en su función sufre un funesto revés, y acaba la diversión con muertos en Leganés y desgracias en Chinchón.

Prohíba, por caridad, la primera autoridad una costumbre tan fiera. ¡Qué es una barbaridad, don Alberto de Aguilera! Que en el siglo del vapor se permita tal exceso, causa vergüenza y dolor. ¡Usted puede cortar eso, ilustre Gobernador!

«¿Qué es difícil?... Ya se vé. ¿Qué es el pueblo muy cerril y gritará?... Ya lo sé. ¿Pero entonces, para qué sirve la guardia civil?»

Yo soy un vecino honrado, pacífico y sosegado, y ya las fiestas deploro, pues más de una vez he estado casi en las estas del toro.

Por las calles principales veinte toros colosales entran, y á veces ve usted á personas muy formales entre el cuerno y la pared.

Há un año sintió un dolor

mi mujer, busqué al doctor que vive allá en un destierro, y me hallé con el encierro, ilustre Gobernador.

En santa celebración de su patrona bendita, la dan toros... ¡Oh impiedad! ¿Qué dirá la pobrecita Virgen de la Soledad?

Con una débil barrera cierran de cualquier manera la ancha plaza, y á morir. ¡Usted lo puede impedir, don Alberto de Aguilera!

«¿Que un pobre alcalde presida con su *embordado* bastón esa contienda homicida? ¡Eso no es *constitución* ni puede serlo en su vida.

Yo espero de su bondad que me oiga por caridad. De su rectitud no dudo, y á su autoridad acudo en bien de la autoridad.

Que caiga la ley severa sobre esa fiesta grosera. ¡Basta de sangre y horror, don Alberto de Aguilera, ilustre Gobernador!

Por la copia,

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

AFICIONES AGRÍCOLAS

He conocido varios ejemplares de aficionados á la agricultura. El último ha sido un sujeto que había comprado unas cuantas fanegas de tierra en la Mancha.

Era un hombre que había servido, según decía su esposa.

Ambos, en combinación, tuvieron un hijo en el primer año de matrimonio.

Después no volvieron á tener más ejemplares.

El matrimonio envió al chico á estudiar en Madrid.

El jefe de la familia pasaba lo mejor de sus días pensando disparates, y escribía al chico todos sus proyectos agrícolas.

«Donde estaba el campo de cebada que tanto te gustaba, he plantado pinos; la viña es hoy patatar, y voy á echar centeno en lo que fueron cañaverales.

El muchacho era otro memo como su padre.

No se sentía estudiante, y cada año mudaba de carrera.

Llevaba recorridas casi todas las del Estado, porque en cuanto que le daban calabazas, y esto era anualmente, cambiaba de aficiones y escribía á su padre:

«Considerando los sacrificios de usted y atendiendo á mis propios intereses y particular inclinación, este año, en vez de matricularme en la escuela de Medicina, me he matriculado en primero de Derecho; es mejor carrera, ¿verdad, padre?»

Y al siguiente año, indefectiblemente escribía á su papá:

«Pues mire V., querido padre: el hombre ha de pensar en su porvenir, y yo no olvido ni por un momento ese legítimo deseo del hombre. Es preciso abreviar los estudios para no ser gravoso á mi familia. He resuelto ser ingeniero.»

Y así todos los años.

A una carta que el padre le dirigió lamentando tantas mudanzas, respondió el cebollino del muchacho:

«Padre, cada cual tiene sus aficiones: V. convierte un olivar en un campo de lechugas y yo no se lo reprendo, conque déjeme V. que yo me haga melonar ó viñedo, según mis inclinaciones.»

Las aficiones á la agricultura son muy laudables en el hombre que «sabe lo que se planta.»

Peró hay sujeto que en cuanto se ve dueño ó usufructuario de un metro cuadrado de terreno, se vuelve loco.

—¿Qué dirá V. que he sembrado ayer en la huerta?

—¿Quién puede saberlo?

—He sembrado zanahorias: esta es la estación, según he leído en un almanaque de pared por medio.

—¿Y V. conoce la manera de cultivarlas?

—Muy sencilla; no lo sé, pero me lo figuro: una vez sembradas regarlas bien y mucho abono, mucho abono.

—Si dejaran el tabaco libre... de cacho—me decía otro agricultor de afición,—en mi terreno se daría mejor que el trigo. Ya hice una prueba.

—¿Y qué?

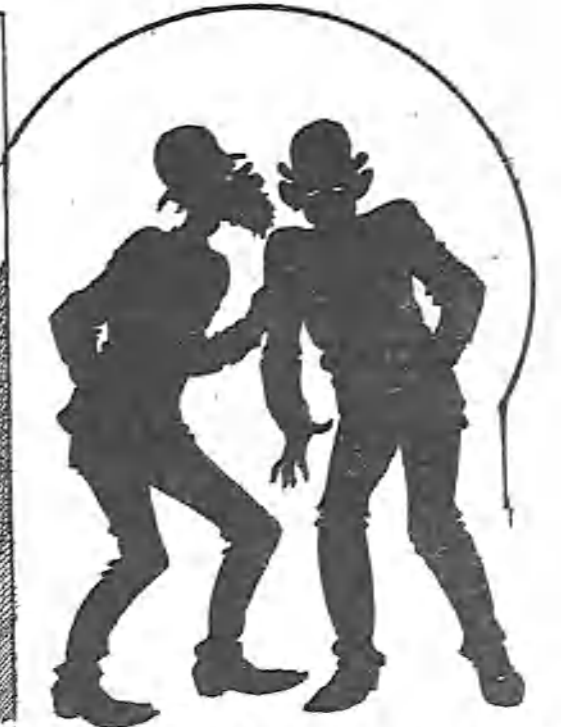
COSAS DE JUEGO



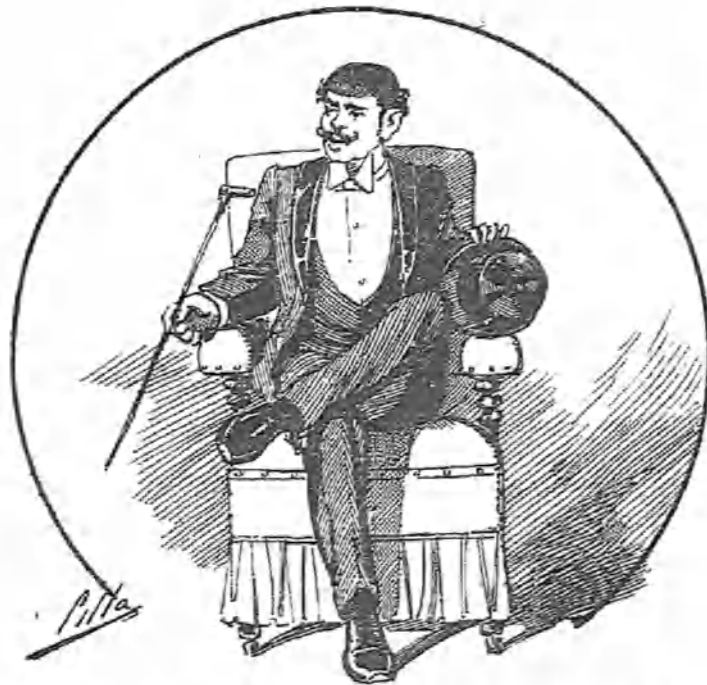
—Dos pesetas á que están muy desarrolladas.
—¡Dos pesetas á que no!



—Nicasia, van á prohibir toda clase de juegos.
—¿Los de manos también?—Probablemente.—
Pues tengo que avisárselo á los novios de esos pobres ángeles.



—Ya lo sabes. Metes mucha pólvora, lo atas bien, le pones cerca del Gobierno civil, y á las nueve y cuarenta...
—Sí, ¡pum!



—Vamos á ver, si declaran ilegal el bacarrat, ¿á qué va uno á venir al círculo?



—¿Juegas? Te llevan á la cárcel. ¿Robas? Te llevan á presidio. ¿Qué vas á hacer?
—Nada.
—Pues entonces te llaman vago y es mas deshonroso todavía.



—¿Ya no va usted?
—No señora; como ya no se permite jugar.
—Bueno, pero ahora jugamos al escondite.



Si no permiten de veras ni una tertulia inocente, se llenarán las aceras de esta gente.

—Me salieron coliflores. Fué una equivocación en la siembra.
 —Para mí —aseguraba otro— no hay diversión como la siembra y la siega y la trilla. Cuando llega el verano y me voy al pueblo, me rejuvenezco.
 —Influyen los alimentos, el aire sano, la leche...
 —Y el trato: estoy siempre entre las caballerías y con los bueyes.
 —Vamos, en su centro.
 —Luego, que nunca falta distracción en el campo.
 —Nunca, porque á falta de otra, puede dedicarse el hombre á coger trébanos, ó á pastar, con la familia.
 —En cuanto apunta el día, me echo al campo en mangas de camisa, con alpargatas y mi sombrero de paja de ala ancha... fresco.
 —Muy fresco.
 —Nunca me falta que hacer. Hace dos años tomé una «insolación», y en poco las lio: el año pasado tuve un tabardillo y calenturas; pero lo mismo lo hubiera pasado en Madrid, y peor.
 Cuando vuelven á cuarteles de invierno, después de los meses de verano, enseñan las manos á todos los amigos, para que vean los callos.
 —Estos son de trabajar en el campo; ustedes no saben lo que es eso.
 Y otro aficionado, ofendido en su dignidad agrícola, replicó:—Caballero, yo he sido segador.

EDUARDO DE PALACIO.

FLORES DE TRAPO

¿La historia de aquel ramo? Triste historia.
 con la que yo dé demostrarte trato
 que el hombre es un ingrato,
 sin fé, sin corazón y sin memoria.
 Como yo á Filomena conociste,
 y sabes que su espléndida hermosura
 tenía un tono triste
 que le daba una especie de negrura;
 que quiso á Enrique con el alma toda,
 y, en fin, que era tan pura
 que nos dijo al morir:—Estoy segura
 que el amor no es amor cuando no hay boda.—
 Ya la tierra ha sorbido por completo
 los encantos aquéllos soberanos,
 aunque supongo, á mi ideal sujeto,
 que en vez de devorarla, los gusanos
 la besarán la frente con respeto.
 Y quizás aún recuerdas que su amante
 al saber que la muerte
 le arrebató la dicha en un instante,
 maldiciendo lo infuso de su suerte,
 perdió hasta la noción de la existencia,
 sintió presa la carne del desmayo,
 y al caer, como herido por un rayo,
 nos miró como mira la demencia.
 Y, fiel á la mujer de sus amores,
 que hizo en la tierra lo que hará en el cielo,
 dió á un artista el encargo de unas flores;
 artista que sacaba en terciopelo,
 valiéndose de sedas de colores,
 lo que Dios con el sol saca del suelo.
 Y al sitio en que reposa
 la que aun después de muerta estaba hermosa,
 llevó el recuerdo de su amor sencillo,
 y, llorando después como un chiquillo,
 besó con ansia la marmórea losa.

.....
 Y... hoy, ya casi olvidado
 de aquella niña que murió tan presto,
 y que mira, tal vez, como un pecado
 que Enrique á un nuevo amor esté dispuesto;
 con el afán de que placer reciba
 otra mujer, que á resistir no acierta...
 ¡ha quitado las flores á la muerta
 para adornar el busto de la viva!...

LUIS DE ANSORENA.

LA ROMERIA

IDA Y VUELTA

Por la ladera del monte,
 por la verdura del campo,
 haciendo ramos de rosas
 de las que brotan al paso,
 recibiendo los ardores
 del sol que brilla en lo alto.

y penetra por las copas
 de nogales y castaños,
 el pueblo se precipita
 con infantil entusiasmo,
 con la alegría en el rostro
 y la sonrisa en los labios,
 á la romería alegre

del pueblecillo cercano.
 Se suspenden las labores;
 se da una tregua al trabajo;
 el aire lleva los ecos
 dulces y regocijados
 del tamboril y la gaita,
 de requiebros y de cánticos;
 visten su traje de fiesta
 lujosos los aldeanos;
 se mezcla el rumor del viento
 con los trinos de los pájaros;
 la campana de la ermita
 pregona el día del santo,
 que dió marido á las mozas
 é hizo otros muchos milagros,
 y los novios con sus novias
 cogiditos de la mano,
 cambiando coloquios tiernos
 y juramentos cambiando
 se dirigen á la ermita
 para festejar al santo.

II

El sol cesa en su carrera
 entre nubes de oro y raso,
 al par que ostenta la luna
 su rostro severo y pálido;
 no van ya novias y novios
 cogiditos de la mano;
 por el monte y por el valle
 rumor confuso y lejano
 llevan las ondas del viento
 de tomillo perfumado;
 cantan la rana y el grillo;
 cesan de trinar los pájaros;
 brilla la primera estrella;
 corona este triste cuadro
 el sonido de las notas
 que salen del campanario,
 y el aire á extrañas regiones
 lleva rumores extraños
 de promesas no cumplidas
 y de juramentos falsos.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

RETAZOS

Luciendo mallas y cantando en fila
 y envuelta en percalinas de colores,
 ofreces el panal de tus amores
 con la dulce franqueza que se estila.

La moral se subleva y se horripila
 porque sabes cambiar de adoradores,
 y se venga después diciendo horrores
 de ese corazoncito que se alquila.

¿A qué vendrá ese empeño de imponerte
 la dura obligación de ser constante?
 Cambia, hija mía, cambia, esa es tu suerte;
 que el hombre más formal es un bergante,
 y cuando te enamores de un amante
 te dejará cansado de quererte.

Va sé que fuiste con Roque
 á merendar al Vivero,
 y luego la peinadora
 te encontró hierba en el pelo.

Gil mató á Sebastián en campo abierto
 por no sé qué motivo.
 El muerto perdió más; pero es lo cierto
 que desde el día aquel el pobre vivo
 no piensa en otra cosa que en el muerto.

Tal me quiso Estefanía
 que por sus ruegos vencido
 di con pesar al olvido
 á otra mujer que quería.

Mas tal la quiso Vicente.
 lo dijo con tal acento,
 que me suplantó al momento...
 y así sucesivamente.

Pegadito á las barras de tu reja
 he visto á mi rival aborrecido.
 Si rompe á hablar el hierro, y le aconseja,
 apuesto á que te quedas sin marido.

Por embustera, en tus labios
 pondré un candado de acero,
 que quitaré solamente
 cuando se me antoje un beso.

Tomasa se ha escapado de su casa.
 ¡Caiga la maldición sobre Tomasa!
 Se la llevó Facundo. Todo el mundo
 murmura con envidia: —¡Ese Facundo!

—¡Es el diantre Manolo!

—¡Digo, digo!

¿Sabe usted lo que ha hecho? ¡Es más gracioso!
 Seducir á la viuda de su amigo
 al borde de la tumba del esposo.

SINESIO DELGADO.

COMBUSTIBLES DEL AMOR

(A MI BUEN AMIGO JUAN PÉREZ XÓNIGA)

En monumental cajón
 donde yo guardo un montón
 de objetos sin interés.

tengo toda la corres-
 pondencia del corazón.
 Y al ver lo que un tiempo ha sido

mi amor, mi encanto y mi gloria,
todo se alza del olvido
como un recuerdo dormido
que despierta en la memoria.

Cartas, retratos y flores
que respiran los olores
de la hermosa primavera;
cartas con que hacer pudiera
bonita historia de amores.

En el revuelto montón
figuran en colección
las de Aurora y de Lucía,
Elena, Pura, María,
Consuelo y Encarnación.

Mi primer amor fué Aurora,
una chica encantadora
que conocí de estudiante.
Estaba de bailarina
en cierto café cantante.

La pobre, eso sí, escribía
con muy mala ortografía,
y no decía: «Te quiero»,
sino cuando me decía
que la mandase dinero.

Por último la dejé
y ya no volví al café,
pues sorprendí á la indiscreta
hablando con un *maleta*
á quien le daba el *parné*.

Pues, ¿y Elena?... En el Real
su esbelto talle lucía
una noche en Carnaval,
cualquiera al verla, diría
que era una chica ideal.

Hice con ella un derroche
olvidando mis apuros,
pues me gasté aquella noche
lo menos dos ó tres duros
entre la cena y el coche.

Por conocerla impaciente
la cité al baile siguiente;
vino, la pagué otra cena,
la descubrí, pero Elena
era una tuerta insolente,
cursilona y sin igual
que vive frente á mi casa
en un piso principal.

En fin, que me dió una guasa
de lo más *primavera*.

Seguí en mi amorosa cuita
mis aventuras ligeras,
y me dediqué á Purita,
una chica muy bonita
del gremio de costureras.

Mi modista era tan lista
que en sus arranques de artista
aprendió *La Pañonaria*,
y esto, en clase de modista,
era cosa extraordinaria.

Y Pura, en sus aficiones,
me dijo:—El arte me llama—
Y con muy buenas razones
dejó al fin mis relaciones
para dedicarse al drama.

¡También fué ingrata Consuelo!
De amores la requirí
en mi constante desvelo,
y Consuelo, con anhelo,
me dijo al punto que sí.

Con exceso la querfa
y un año fué consecuente.
¡Después, ¡quién lo pensaría!
se enamoró de un teniente
del arma de infantería.

Tras de tantos desengaños
ya perdí las ilusiones,
y con pueriles amaños
entretuve en relaciones
á Encarnación ¡siete años!

Y á la pobre Encarnación,
víctima de mis deslices,
en justa compensación
dejé, sin contemplación,
con un palmo de narices.

Aún á la mujer venero
sin sentir fieros enojos,
y á todas las considero
como inútiles despojos
de mi vida de soltero.

Y siento en el corazón
que va apagándose el fuego
ardiente de la ilusión,
como esas cartas que entiego
á las llamas del fogón.

A. CHÁPOLI NAVARRO.



GHISMES Y CUENTOS

Un aviso de muchísima importancia.

En la lista de abonados correspondiente al mes de Octubre que acaba de publicar la Sociedad de Teléfonos de Madrid, no figura para nada el MADRID COMICO, ni el nombre de su director.

Más claro; que no estamos abonados oficialmente, y esto nos priva por este mes de todas las ventajas del servicio telefónico, pues como todo fiel cristiano que pretenda hablar con nosotros ha de buscar antes el número en la lista, y no nos ha de entorpecer, excusado es decir que no nos llamará nadie, suponiendo que nos hemos dado de baja ó que nos han suspendido la comunicación por falta de pago.

Pues bien; conste que estamos abonados, que puede llamarnos el que quiera y... que hemos satisfecho por adelantado, según costumbre, el semestre que termina en fin de Diciembre.

Todo ello ha sido una broma del encargado de hacer las listas, que tuvo la feliz ocurrencia de pasar el lápiz por nuestro número. ¡Y justamente en un mes en que se publica aparte la lista de profesiones no ha echado el hombre de ver, al llegar á los periódicos, que le faltaba el MADRID COMICO!

Conque ya están ustedes avisados,
y á ver si se remedia á fin de Octubre,
porque este mes me cuesta cinco duros
¡y ni los aprovecho, ni me lucen!



Vuelven á menudear las reclamaciones contra el servicio de Correos.

Pero de todas, la que expongo á la consideración de quien corresponda, es la del suscriptor D. José García Criado, de Algeciras, que paga su suscripción dos veces, una directamente y otra para reclamar los números que le van faltando.

Vamos á ver, ¿dónde está ese aficionado á la *tralla* literaria? ¿En San Fernando? ¿En Algeciras? Dígalo sin rubor y le serviremos el número que ha de robarnos... guardando el secreto.



A fuerza de sulfato de quinina
se curó unas tercianas Catalina,
y el sulfato de zinc á la criada
alivió una oftalmía inveterada.
¡Oh, lectores sensatos!
¡Qué servicios nos prestan los sulfatos!



Leo:

«La Comisión del Gobierno interior del Congreso se ocupa en estos momentos en preparar las bases para convocar un concurso de arquitectos que presente planos para construir un nuevo edificio legislativo en terrenos del Estado.»

¡Nada! Que no lo dejan de la mano. ¡Y luego se quejarán algunos maliciosos de que los padres de la patria abandonan los asuntos de interés general!

Pero ¿para qué diablos quieren otro edificio?

¿Es malo el que tienen?



—Luisa, ayer estuve media hora llamando á tu puerta y... ¿como si no!

¿Por qué no me abriste?

—Por... ve ahí; por... delicadeza.

—¿Porque estabas sola?

—No, por lo contrario.



Libros:

La esclava, preciosa leyenda del poeta vallisoletano D. Francisco Zardana, que da en ella una prueba más de su corrección y excelente ingenio.

La Venus granadina, interesante novela de D. R. Vega Armentero, notable por la pintura de caracteres y las bellísimas descripciones. Precio, tres pesetas.

La traviesa, novelita de nuestro antiguo colaborador D. José Navarro Reza, publicada por la casa Gutiérrez y Compañía en su *Colección* contemporánea. Precio, una peseta.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. N. M.—Santander.—Pero ¿usted cree que eso es poesía, ni nada? Eso es gana de hablar de lo que no le importa á nadie.

Sr. D. R. S. D.—Mire V.: hablando con franqueza, todas adolecen de infinitos defectos hijos de la inexperiencia. No puedo calcular si estudiando mucho hará V. algo bueno. Por ahora no le aconsejo que publique el libro, porque sería un desengaño para V. Calma y trabajar.

Plades y Orestes.—Se han recibido las tres veces, pero no han servido ninguna.

Mura Babar.—Necesidad manifiesta.

Sr. D. C. A.—Ferrol.—Vaya, se conoce que también hay graciosos en Galicia. ¡Dios sea loado!

Uno que quiere aprender.—Pues para tanto tiene V., amigo! «Y mi pecho sentía más vivo el fuego,» es un verso que tiene una sílaba de propina.

Algebróns.—Voy á publicar el segundo:

«El demagogo Rísbuca

—Ya no hay clases—repetía,

y un muchacho que le oía

dijo:—Pues no iré á la escuela.»

Ya vé V. que no está mal del todo. Pero ¡ay! ese *Rísbuca* parte los corazonces. Por muy demagogo que sea uno no se puede llamar así.

Dich Sand.—Muy malo; ¡atroz! Opino que no debe V. seguir escribiendo ¡ni á la familia!

El simpático.—Deje usted las cartas,

deje usted las copias;

¡ay! qué malos versos

y qué mala sombra!

Badulaque.—Desvergonzadico me sois; pero tenéis gracia.

Jano.—Ya los he jugado con benevolencia, y sin embargo... ¡Como son así ellos!

Sr. D. J. B. C.—Lucena.—Se recibió la libranza. Duerma V. tranquilo.

Sr. D. M. de C.—¡Miren el joven de corta edad, qué bien copia las cosas! Es decir, no; ¡qué mal las copia!

Traspasillo.—Sí, hombre; pero antes necesito poder respirar.

Un atrevido.—Tiene V. razón; ¡atrevidimiento se necesita! Y ortografía se necesita también.

Romas.—Mediana es, en verdad lo digo.

Florentina.—¡Ur de qué mal gusto es ese final.

Están y Calán.—Nosotros hiel amigo que vos á corejido las fartas seis lunos mel hocoto nes.

Un leyente.—Pues mire usted, hay trozos muy bonitos;

pero ¡esos finalitos!

Sr. D. G. B.—Sevilla.—¡Por favor! no remitan ustedes artículos, que no podemos admitirlos aunque lo pidan tralles descaltos.

Un reincidente.—No sé cómo sería el primer pecado; pero éste no es muy grave. Sin que por eso deje de ser pecado.



—Si señor, mi adversario se empeña en batirse porque dice que tiene una mancha en el honor.
—Pues ¡caramba! llévele V. un frasco de beucina.

ANUNCIOS

Est. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene
ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de París de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID Cómico

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINEGID DELGADO
DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.
PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DGS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:
Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA COMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.